

Año de los Afrodescendientes: una oportunidad para la justicia

Fernando E. Palacios Mogár
Presidente del *Partido Liberal Nacional Cubano*
La Habana, Cuba



La Organización de Naciones Unidas (ONU) declaró el 2011 como Año de los Afrodescendientes y con ello dejó clara la intención de reconocer los logros y contribuciones alcanzados por ellos; sin olvidar que a lo largo de su historia se extiende una estela de dificultades, obstáculos devastadores, esclavitud, prejuicios y pobreza.

Es una muy buena oportunidad para que la humanidad evalúe, de forma seria y consciente, tanto los aspectos positivos como negativos de la experiencia negra, teniendo en cuenta que, a pesar de que las grandes dificultades y contrariedades marcaron una pauta, no todos eran esclavos antes de ser capturados en África y la esclavitud fue parte de su his-

toria, que sirvió de base en su proceso emancipador.

En la actualidad se observa un progreso bastante avanzado en cuanto a la problemática racial y se percibe un consecuente avance de la integración afro. Al mismo tiempo todavía hay problemas como la clase marginada permanente que subsiste. Y si en cierto modo se han hecho realidad gran parte de los sueños, queda un largo camino por recorrer en esta lucha por erradicar las disparidades entre las razas.

Es el momento para que países que han tratado esta problemática de forma superficial, sin el buen ánimo de arrancar el problema de raíz, sino de utilizarlo a su favor y en detrimento de los que sienten en carne propia la tragedia de ser discriminados, hagan suyo el año dedicado a los afrodescendientes y redireccionen sus políticas hacia un compromiso serio y creíble.

Cuba es un vivo ejemplo del empeño que, en la dirección por reformar los derechos civiles y en especial de los afrodescendientes, deben poner quienes de una forma u otra confían y creen que la Isla puede cambiar y crecer, sembrándose en ella la justicia racial y una comunidad de amor y esperanza.

La relación de los diferentes grupos raciales en Cuba se desarrolla sobre una mixtura de factores, tales como la historia, la economía, la cultura; los enclaves comunitarios y la familia. Los negros y los mulatos desempeñaron el rol de los excluidos sociales. Su despunte económico o sus peticiones políticas como grupo fueron mutilados. Todo ello benefició a la estabilidad de la ligadura clase-raza a lo largo de la conformación de Cuba como nación.

Es de esperarse que haya llegado el momento de abordar con seriedad la problemática racial. El reconocimiento de los descalabros del gobierno cubano a la hora de lidiar con la

tradicción racista y discriminatoria nos da la idea de la dificultad para seguir negando la existencia de este gran flagelo.

Sería muy beneficioso abrir espacios de debate que nos permitan medir realmente hasta qué punto las libertades, los derechos civiles, la movilidad social, la dignidad y la participación de la justicia, es igual para todos los ciudadanos cubanos independientemente del color de su piel. Si verdaderamente se quisiera combatir el problema racial debe permitirse que la gente se agrupe y discuta libremente sus problemas, crear una agenda al respecto y llevarla libremente al parlamento, a los medios de prensa o a donde sea necesario, para que la población en general conozca esta problemática y pueda participar activamente en su erradicación.

La elite en el poder ha hecho hasta lo imposible para que los negros cubanos piensen que deben sus pírricos beneficios a una entidad superior a sí mismos; mientras que la responsabilidad de su desventaja se achaca a algo tan abstracto e impreciso como la herencia histórica o el menor desarrollo del grupo social frente al resto de la sociedad.

Cuba está inmersa en reformas económicas, en intento desesperado por salir de una profunda crisis, donde la población negra es la más afectada. El gobierno tiene implantada una economía que no genera riquezas y las elites en el poder se atrincheran aún más en la tradición de percibir a los negros como accionistas minoritarios a la hora del reparto. Así se explica por qué, a cincuenta años de desgobierno, los negros constituyen el grupo poblacional de peor nivel de vida en el país.

La situación actual de los negros en Cuba, así como la notoria ideología racista, es responsabilidad del grupo que detenta no solo el poder político, sino también la propiedad de todos los medios de producción; es el gru-

po que cuenta con parlamento unánime y que, por tanto, debía ser capaz de decretar la aplicación de políticas específicas para problemas específicos, como la discriminación racial y el racismo.

Se vislumbra de forma bien clara que un Estado totalitario no puede enarbolar ni legislar reivindicaciones específicas de un grupo social específico, ya que su poder se basa en la discriminación de la ciudadanía por criterios ideológicos, políticos, económicos y hasta religiosos. En consecuencia, permitir el debate abierto del problema negro y permitir a los negros organizarse para abogar por y para sí mismos, resquebrajaría la estructura del sistema totalitario, que correría el riesgo de que otros grupos sociales no respondan al usufructo de poder y emerjan en el escenario político o al menos civil.

La incapacidad del sistema político cubano para resolver consecuentemente la problemática del negro lo convierte en racista, aunque se reconozca que, después de 1959, se eliminaron los muros institucionales que impedían el acceso de los negros a la esfera social pública y se desarrollaron los programas educativos y de salud, con los cuales se beneficiaron los más pobres, incluyendo a los negros.

La cúpula gobernante ha manipulado tan sensible tema y exagerado el racismo antes de 1959, presentándose como emancipadora de los negros y a los blancos como culpables. Ello trajo como consecuencia la desconfianza de los negros hacia los blancos y de los blancos hacia los negros. Se generaron tensiones entre los dos grupos raciales básicos de la población cubana. Ahora la etnofobia es acción y reacción, un doble vector que apunta hacia un grupo y otro, un choque silencioso entre las dos razas

que provoca que negros y blancos sufran la discriminación.

El racismo y la discriminación se exteriorizan en la sociedad cubana como componentes recubiertos por hierros, para impedir el acceso de quienes desean trabajar en aras de eliminarlos. Los afrodescendientes continúan anclados en un callejón sin salida y son víctimas de disímiles discriminaciones. Se ven imposibilitados de poner en práctica tácticas que ayuden a resistir la dominación y desmontar estereotipos de sumisión. Ellos han vivido en carne propia la negación histórica de muchos de sus derechos y no son tratados con equidad ni se respeta su dignidad.

Los cubanos soñamos con un país donde no exista discriminación alguna por origen cultural, color de la piel y/o condición social, donde se reconozcan los derechos a la cultura y a la propia identidad, y se propicie la participación libre y en igualdad de condiciones en la vida política, social, económica y cultural, con acceso de todos los ciudadanos al desarrollo en el marco de sus propias aspiraciones y costumbres para tener, mantener y fomentar sus propias formas de organización, su modo de vida, su cultura, tradiciones y manifestaciones religiosas. Un país donde sus habitantes sean capaces de llamarse unos a otros hermanos y puedan fundirse en un fuerte abrazo sin importar la raza o el color de la piel.

El pueblo de Cuba es una mezcla de razas y culturas y es hora ya de que se le eduque en la cultura de la democracia, para que cese este flagelo y resurja una sociedad daltoniana incapaz de distinguir colores. El año dedicado a los afrodescendientes es la mejor oportunidad para reconstruir nuestros puntos de partida.